

y algunos mayores —de más de sesenta—. La media por localidad era de unos cuatro encuestados.

El trabajo de Colomina, como ya se adivina por la exposición del método encuestador, viene presidido por la heterodoxia metodológica. Por un lado, aplica la gramática generativa en lo concerniente a la fonología y la semántica, pero, por otro, aunque la introducción teórica (*Models teòrics de la variació lingüística*) parezca superar la dialectología clásica a base de los paradigmas cuantitativo y dinámico de Labov y Bailey, respectivamente, la realidad es que nuestro autor realiza —con alguna valiosa excepción— una monografía dialectal al uso.

El cuerpo del trabajo se reparte en dos capítulos, uno dedicado a la variación fonológica y otro a la variación en morfología, léxico y semántica, y a lo largo de los cuales caracteriza el geolecto más meridional de la lengua catalana.

En el primer capítulo cabe destacar la rigurosa aplicación del sistema de reglas generativistas para estudiar el proceso de obertura del diptongo [ow], de las asimilaciones vocálicas, de la diptongación de /ε/ (según la sociolingüística laboviana, esta última) y de la pérdida de la /d/ intervocálica (de acuerdo con la teoría de las gramáticas variacionales de Bailey y Bickerton). Y todavía en este apartado fonológico es meritorio el estudio sobre la pérdida de la /r/ final, de interés para la filología catalana. Parte de los fenómenos analizados se han de explicar por interferencia del castellano, lengua no sólo próxima por la vecindad de Murcia, sino por la superposición como variedad estándar al sociolecto valenciano.

Por lo que respecta al segundo capítulo, la «macroinfluencia» del «poderoso» castellano se hace más ostensible. Así sucede en los sistemas y la combinatoria pronominales y en algún demostrativo, pero donde deviene evidencia es en el campo semántico de los verbos *portar/dur* ('llevar' y 'traer') y *llevar/traure* ('quitar'/'sacar'), convertidos en parte de la zona, respectivamente, en *llevar/portar* ('llevar'/'traer') y *sacar* ('quitar' y 'sacar').

En conclusión, nos encontramos ante dos impecables estudios de sendas regiones muy distintas, sociolingüísticamente, del mismo idioma, pero donde una constante las une —nos atreveríamos a decir, un universal lingüístico—: ambas hablas vienen condicionadas en su evolución por las variedades vecinas —y estándar— de mayor prestigio. Sobre la variedad tarraconense se impone el catalán oriental —con el barcelonés a la cabeza— y sobre la variedad alicantina es el castellano. El hecho de tratarse en un caso de dialectos de un mismo idioma y en el otro de distintas lenguas no invalida en absoluto los paralelismos observados ni los hechos verificados a partir de estas dos excelentes contribuciones a la dialectología catalana.

BRAULI MONTROYA ABAD

PARKER, Alexander: *La filosofía del amor en la literatura española, 1480-1680*. Madrid, Cátedra, 1986.

En este libro intenta su autor reconstruir las principales filosofías sobre el amor y analizar su evolución, contactos y más importantes plasmaciones en la literatura española. Parker nos habla del amor cortés, el neoplatonismo, la mística y el neoestoicismo. Distingue, en lo que al idealismo concierne, dos corrientes dentro de la literatura española del siglo XVI: una condujo al neoplatonismo y se alió con el misticismo; la otra confrontó el amor ideal con la realidad, conduciendo a Cervantes y, con posterioridad, al neoestoicismo.

Encontramos una muy sucinta definición del amor cortés y una distinción dentro de la literatura provenzal entre el amor cortés y el amor caballeresco: el primero es el amor imposible por una mujer inalcanzable, en el que el amante se ve forzado a una continencia que le causa sufrimiento; sin embargo, en el amor caballeresco no existe un amor imposible; sólo se da una continencia temporal como servicio prestado para merecer la culminación.

Es muy poco lo que se nos dice sobre la lírica de amor cortés en Castilla. Para el autor es simplemente extravagante, por la actitud artificial que refleja ante la vida. No sé hasta qué punto se pueden utilizar muy próximos los términos «convencional» y «extravagante» sin riesgo de una fuerte contradicción.

Más hincapié hace en el amor cortés como religión de amor, aunque sin aportar nada nuevo sobre el tema. En el siglo xv se experimentó un debilitamiento de la fe religiosa y, como consecuencia de ello, se llevó a cabo un intento de devolver al amor humano mucho del prestigio y la dignidad que se había arrogado el amor divino. Para revalorizar el sexo antes era preciso que se situara el amor humano por encima del instinto.

Parker se limita a resumir una serie de obras (*La cárcel de amor*, algunas églogas de Juan del Encina, *Amadís de Gaula*, *Don Duardos*, *La Celestina*) para reflejar la evolución del amor cortés entendido como religión de amor y los matices que ésta alcanza en las distintas obras.

Hubiera sido conveniente evitar el resumen de obras que se supone son conocidas —sin embargo, esto será una tónica general a lo largo del libro—, para profundizar en las estructuras formales en que esa filosofía del amor cobra cuerpo, pues sólo esas estructuras hacen posible como literatura una filosofía del amor, que, al mismo tiempo, resulta así enriquecida y precisada.

Al abordar en este primer capítulo el tema del amor cortés, Parker dice querer enfrentarse con dos problemas: la relación del amor cortés con la mística y el carácter sensual o idealizado de esta literatura. Resalta algún que otro paralelismo entre el amor cortés y la mística (el énfasis en el sufrimiento), aunque esta tarea la llevará a cabo más profusamente en el tercer capítulo, dedicado a la mística.

Ciertamente, uno no puede exigir que el crítico tenga asumido el immanentismo preciso para que su labor resulte fructífera, pero sí se le puede pedir que no juzgue el contenido sensual o idealizado de un poema por la lámina que lo acompaña, en la que, en principio, aparecían cuerpos desnudos. Esta es una opinión de Whinnom que Parker acepta y luego discute. Quizá es verdad que la poesía de amor cortés era sensual, pero una verdad así deducida, tan poco ética y respetuosa para con la literatura, debe ser tenida en poco por aquellos críticos no impacientes por la obtención de datos y que se enfrenten con seriedad a su trabajo.

En este libro, que carece de un esfuerzo por parte del autor en algunos puntos, sobra el apéndice al primer capítulo, destinado a establecer una polémica con Whinnom y a aclarar las interpretaciones equivocadas de éste. Mucho mejor hubiera sido prescindir del apéndice y redactar todo el capítulo de nuevo con un lenguaje menos confuso y una mayor claridad de ideas.

Parker aborda en el segundo capítulo el tema del neoplatonismo. Establece las diferencias entre Platón y sus comentaristas italianos, y nos introduce sucintamente en el pensamiento de León Hebreo, cuya influencia en España considera mayor que la de Bembo, pues representa dentro del platonismo una corriente trágica que justifica el sufrimiento. Uno de los datos en los que se apoya es la visita a España que realizó Hebreo.

Posteriormente, y para analizar la evolución del neoplatonismo en la lírica española, hace una serie de calas en algunos de los principales poetas de nuestro siglo xvi: Garcilaso, Herrera, Aldana, poetas cuya trayectoria sigue a través de algunas composiciones aisladas, que en algunos casos no son interpretadas correctamente. Es, por ejemplo, el caso de las églogas I y III de Garcilaso.

En general, el discurso crítico de Parker carece de la precisión adecuada. No se puede decir que la lírica renacentista española y la francesa se desarrollan en la misma época, porque la francesa es casi medio siglo posterior. Es de lamentar el desconocimiento por Parker de la bibliografía más moderna sobre la lírica renacentista española. No es posible hablar de la evolución del neoplatonismo en España si se desconoce la influencia que ejerció la estructura del *Cancionero* de Petrarca en la poesía castellana del siglo xvi y la evolución y matices que éste experimentó.

Sorprende, por otro lado, la facilidad con que Parker denosta a nuestros principales poetas con juicios arbitrarios y sin ningún valor científico, pues no son apoyados por ningún análisis

que los corrobore. Piensa que Garcilaso se encuentra en el umbral del neoplatonismo y, enfrentándole con Herrera, un paso adelante en esa doctrina, cree que su poesía se ve limitada en su alcance intelectual y emocional. Parecidos juicios son lanzados de manera arbitraria sobre la poesía de Aldana, de cuya obra parecería salvarse sólo la *Epístola a Arias Montano*.

El tercer capítulo es el dedicado a la mística, género que entiende influido por el amor cortés y culminación de los planteamientos del neoplatonismo. «Cuando los escritores influidos por el amor cortés escribían sobre el amor humano usaban el lenguaje de la religión; por otra parte, cuando Santa Teresa y San Juan de la Cruz escribían sobre el amor a Dios usaban el lenguaje del amor humano.» Es en este capítulo donde estudia los lazos de unión entre el amor cortés y la mística: el énfasis en el sufrimiento, hecho éste que, al mismo tiempo, actúa como lazo de unión con el neoplatonismo, pues, como se ha dicho, esta doctrina fue conocida en España sobre todo a través de León Hebreo, que representa la corriente trágica del neoplatonismo.

El resto del capítulo está dedicado a analizar la obra de San Juan de la Cruz, para lo que utiliza, quizá con demasiada abundancia, los comentarios del propio poeta sobre sus poemas; el mismo autor se encarga de discutir lo lícito de esta actitud.

Aun reconociendo que los poemas de San Juan de la Cruz pueden ser leídos como si fueran poemas de amor, Parker cree conveniente que la lectura se remita a su contexto religioso, pues, de lo contrario, el poema sufriría una manipulación y algunas de sus dimensiones permanecerían ocultas, con el consiguiente falseamiento y disminución del texto.

Los poemas analizados, frecuentemente más bien resumidos y sin aportaciones críticas novedosas, son la «Llama de amor viva», el «Cántico espiritual» y la «Noche oscura». Observa Parker que el «Cántico espiritual» se encuentra a medio camino entre el amor humano de la «Noche oscura» y el amor exclusivamente trascendental de la «Llama de amor viva».

En el capítulo cuarto asistimos a ese período de la literatura española en que la idealización del amor se ve enfrentada a las exigencias de la vida cotidiana. Parker asocia esta tendencia a la Contrarreforma, cuyos religiosos, apoyándose en el Concilio de Trento, condenaron la idealización del amor humano no sólo por no ser religioso, sino también por ser irresponsable, pues su irrealidad incitaba al lector a refugiarse en un escapismo.

Dentro de la novela pastoril la *Diana enamorada*, de Gil Polo, representaría, frente a la *Diana* de Montemayor, la tendencia a contrastar el amor idealizado con la realidad y la experiencia que ésta proporciona. Ahora el amor resulta guiado por la razón y el matrimonio «constituye su realización natural y gozosa». Esto supone un rechazo de las teorías del amor cortés y del neoplatonismo en su vertiente más trágica, aquella que justificaba el sufrimiento, así como un intento de reconducir el amor desde su anterior idealización hacia la realidad.

Parker analiza luego cómo se refleja esta tendencia en los principales autores del momento: Cervantes, Lope, Tirso, Góngora. De Cervantes destaca su fluctuación entre la idealización del amor y el afán de enfrentarlo con la realidad. Su libro *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* es un ejemplo de esa idealización, mientras que en *El Quijote* nos hallamos con la creencia en un amor puro, platónico, pero encaminado hacia el matrimonio, que lo dota de dignidad y permanencia.

En lo que concierne a la lírica de Lope, Parker observa en ella dos procesos: la utilización por los poetas cultos de las formas de la poesía popular (villancico, romance) y la aceptación de la experiencia real dentro de la poesía, a pesar de seguir atendiendo a los temas tradicionales y convencionales. El ideal debe luchar contra la realidad de la pasión, una realidad que se presenta fundamentalmente como experiencia personal. El amor que la lírica de Lope expresa no es ideal, aunque apasionado, y por ello real y natural, incluso vulgar.

También analiza Parker *La Dorotea* y la comedia nueva de Lope, atendiendo especialmente a sus obras *El caballero de Olmedo* y *El castigo sin venganza*.

El último capítulo lo dedica Parker al neostoicismo y en él hace un recorrido por la obra de Quevedo y Calderón. «Sostener que cabía anular toda sensualidad en el amor humano siguiendo las órdenes de la razón, para transformarlo en una unión espiritual, y guiarlo luego por la escala del eros celestial de Platón hasta que el amor mutuo entre hombre y mujer desembocara, sin solución de continuidad en la comunión mística con la divinidad... suponía una corriente de

optimismo en la humanidad, y en la vida en general, que nunca podría recibir la bendición de la experiencia.» La desilusión con que se afronta el amor provoca en escritores como Quevedo y Calderón una desilusión hacia la vida misma, pues «el amor les promete a los hombres una felicidad que la vida se muestra radicalmente incapaz de llevar a efecto».

Este pesimismo es generalizado en toda Europa. A través de «La cuna y la sepultura» de Quevedo se pueden seguir los principios básicos de esta desilusión. Es ésta una obra en la que cobra especial relieve la paradoja, que es una de las figuras claves de la literatura de este periodo.

Ya al terminar, y dejando de lado algunas imprecisiones y afirmaciones bastante cuestionables, extrañan negativamente ciertas generalizaciones que lleva a cabo Parker en su «Introducción». Para este autor «la moda actual es la de ridiculizar abiertamente cualquier ideal, o minimizarlo ignorándolo». Y Parker insistirá más adelante: «En lo que se refiere a los ideales morales, la actitud moderna dominante es la de mostrar un mayor interés por su incumplimiento que por su observancia.» Parecen afirmaciones *ajenas* a la razón del libro.

LUIS MIGUEL SERRANO

VAN HOOGSTRA滕, Rudolf: *Estructura mítica de la picaresca*. Madrid, Editorial Fundamentos, 1986, 130 pp.

Tan a menudo asediada desde ángulos sociológicos o historicistas, la producción picaresca no ha merecido, sin embargo, la atención asidua de los críticos adictos al psicoanálisis. El libro que reseñamos se propone atenuar, siquiera sea parcialmente, dicho olvido. Para ello, aunque no lo declara de forma explícita, van Hoogstraten elabora y continúa algunas de las líneas apuntadas por José Luis Alonso Hernández en su artículo «Signos de estructura profunda de la narración picaresca», publicado en las *Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca* (Madrid, 1979), donde se señalaba ya la posibilidad de la aplicación de ciertos modelos míticos al estudio de las obras picarescas, al mismo tiempo que era analizada desde un punto de vista psicoanalítico la función simbólica de elementos como las comidas, las camas o los cofres.

Los dos primeros capítulos del libro tienen un carácter introductorio. En el inicial se sientan las bases metodológicas del trabajo. El segundo adelanta una hipótesis general, que después se desarrollará al considerar particularmente cada obra. Para van Hoogstraten, el psiquismo picaresco se mueve dentro de una simetría antitética, cuyos dos polos son lo Inferior y lo Superior: «...el pícaro —debido a la falta de sustento económico o debido a la genealogía— es un personaje marginal y que sufre hondos sentimientos de inferioridad, que es la fuerza impulsora de la que parten todos los afanes superiores y que le impone una meta u objetivo obsesivo del que espera toda seguridad.» Ahora bien, hambre, miseria o determinismo genealógico son sólo máscaras de un subyacente complejo de castración —originado por la rígida estructura mítica de la sociedad—, que es el que, en definitiva, provoca ese sentimiento de inferioridad y el consiguiente anhelo compensatorio observable en el comportamiento del pícaro. De acuerdo con estas premisas, el autor esboza una clasificación tipológica de los textos picarescos, que agrupa en tres apartados: aquellos que, como *El Buscón*, refuerzan la estructura mítica, esto es, la ideología dominante; los que, por el contrario, denuncian la contradicción entre «lo mítico represivo» y «lo psíquico deseable», sirviendo así al objetivo de aniquilar la estructura mítica (*Lazarillo*, *Estebanillo González*); por último, los textos que, sin apoyarla ni rechazarla, ignoran —y superan por consiguiente— la dicotomía Inferior-Superior, base del esquema mítico represivo (*La pícara Justina*).

El intento de aplicar los postulados anteriores a las cuatro obras que acabamos de citar (más el *Guzmán*) ocupa los capítulos centrales del libro. A partir de episodios como el de la llave del